

PSICOLOGÍAS

Por Sylvia BALEZTENA

EL TACTO

El tacto es esa cualidad exquisita, que hace obrar con acierto y derrama a su alrededor tranquilidad y encanto.

Es un conjunto de bondad y de inteligencia: podrá una persona ser bondadosa, podrá tener arranques generosos y fallarle esa intuición de saber hablar y callar a tiempo, es comprensión de lo que agrada o desagrada al prójimo.

Será otra por el contrario, inteligente, apreciará esos matices del decir y del silenciar, pero no tendrá bondad, el deseo de obrar delicado hacia el prójimo: el tacto es, pues una inteligencia fina adivinando, un corazón bondadoso ejecutando.

La naturaleza, pródiga y variada, nos ofrece en sus espectáculos comparaciones, símiles para expresar nuestro sentir; no asemejará pues el tacto a una montaña bella, ni a un monte majestuoso, pero sí me hace pensar en el lago manso, luminoso, en cuyas aguas tranquilas se refleja a veces el cielo.

Cuando la conversación se pone difícil, borrascosa, la persona que tiene tacto, la desvía, la encauza y es arco iris después de la tormenta; pone en relieve las cualidades de los demás, es como esos productos que hacen brillar el metal empañado.

Dará sin ostentación, como pidiendo excusa del poder ofrecer, recibirá a su vez sin protesta, pues penetra el goce del dador.

Posee el tacto, el difícil talento de saber escuchar, no humilla con su saber, no cansa con su felicidad; pone el pedal que atenúa su expresión, ante las personas que sufren; no habla de éxitos ante los fracasados, ni de riquezas con los desheredados; será, en una palabra, armonía en la que no habrá una nota falsa, perfume discreto, que sin verlo, todos respiran.

Concedo que haya cualidades más brillantes, la elocuencia, por ejemplo, subyaga, el valor arrastra, conmueve la generosidad, transfigura el entusiasmo, pero el tacto, lleno de intuiciones, de matices, penetra.

Quizá no sea cualidad olímpica de diosas, pero seguramente el tacto es regalo exquisito de hadas.

EL GUSTO DE LO BELLO

No todo el mundo posee en el mismo grado el instinto de lo bello, ni idéntica capacidad para captar de la vida su hermosura; pero sí podemos cultivar la tendencia a ver el buen lado de las cosas, ese optimismo que es prisma a través del cual, todo parece luminoso, de

brillantes colores, y hasta esa fantasía, verdadero mensaje, que crea maravillas en un árido desierto.

El que sabe apreciar, no necesita gozar de la vida estética, el conocer muchos países; bástale admirar lo hermoso del que tiene a su alcance, sea paisaje de mar, grandioso, variado; sea visión ideal de montañas, o panorama extenso de infinitos horizontes de la llanura. Captemos igualmente lo bello de cada estación: la sonrisa de la primavera, el ardor del verano, el encanto melancólico del otoño, pidiendo al invierno en su crudeza paisajes blancos y refugio en el hogar caliente.

Igualmente gozaremos de lo que nos ofrecen las personas, talento o simpatía, belleza o bondad, y si sólo presentan defectos y faltas, aun así, hagamos belleza, dando indulgencia a la falta, y ante la culpa, ansia de reparación.

El admirar, atrae la dicha; se nutre la desgracia de envidias y desencantos; quien admira, no envidia y olvida. Se alimenta igualmente de rencores y dudas; admirando perdonas y crees. Fabrica dicha con los pocos elementos que a veces ofrece la vida, y al frotarse con ella, aunque fuese dura, como el pedernal con la piedra saca chispas...

Hay quien se figura que la felicidad es una piedra preciosa muy bella, que se busca sin esperanzas, nada de eso; la dicha es un mosaico compuesto de mil piedrecitas que, separadas, tendrán poco valor, pero reunidas con arte, forman un dibujo gracioso.

Gocemos de los gustos pasajeros que la casualidad nos lanza, que nuestro carácter nos da y que el cielo nos envía.

Si tu ventana es tan pequeña que en la noche sólo puedes ver una estrella, admira esa estrella y goza de la flor solitaria de tu reducido jardín.

Si una armonía llega hasta tí, prolonga su eco; si el colorido, si un matiz te agradan, retén su visión, alarga en tus recuerdos la fugitiva sonrisa y guarda en tu alma, para iluminar tu noche, el último rayo de sol.

Y así, a fuerza de acechar la belleza, será feliz con las migajas de ese festín donde tantos otros beben a largos tragos el hastío.

Un pobre socorrido, ofreció a la joven que le ayudaba, nueve cacahueses grandes, elegidos cuidadosamente envueltos en un papel de seda; ella agradeció el regalo, como si se tratase de caja fina de "marrons glaces", pues el valor del don reside en los sentimientos que inspira.

Convirtamos las vulgaridades de la vida, sus chufas gordas, en cosas amenas, agradables, en exquisitos "marrons glaces".

